



SHELDON S. WOLIN

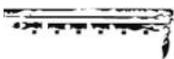
**Democracia S.A.
La democracia dirigida y el
fantasma del totalitarismo
invertido**

**traducción de Silvia Villegas, Katz
Editores, Madrid, 2008, 404. (Democracy
Incorporated: managed democracy and
the specter of inverted totalitarianism,
Princeton University Press, 2008)**

Para cualquier persona que haya confiado en la capacidad de la democracia estadounidense para adaptarse al cambio desde los padres fundadores, leer *Democracia S.A.* del profesor Sheldon S. Wolin, será una experiencia demoledora. *Democracia S.A.* es un libro visionario que no propone ningún debate, sino que, por el contrario, formula la defensa de un nuevo tipo de fenómeno al que ha dado lugar la forma de entender la política de la democracia actual, pero que tiene sus comienzos en la constitución y en los padres fundadores estadounidenses. El “totalitarismo invertido” ha sido un fenómeno gestado en el seno de una tradición democrática que, en palabras de Wolin “nunca ha terminado de consolidarse”. Desde el primer capítulo “Un mito en construcción” hasta el último de los trece que conforman el libro “El futuro de la democracia: mirar al pasado” Wolin ataca las pretensiones imperialistas que ya no se pueden pasar por alto en la era Bush. El fenómeno del totalitarismo invertido queda perfectamente ilustrado a lo largo del libro, por la continua comparación con los totalitarismos clásicos de Hitler, Mussolini, o Stalin. Que Estados Unidos pueda presumir de tener la democracia más antigua del mundo no siempre significa que se hayan cumplido los preceptos constitucionales. Según Wolin, lo que se habría invertido no habría sido el sistema

democrático, sino los principios que consolidaron los viejos totalitarismo europeos, el poder en Estados Unidos, tanto como el de la Unión Soviética, Alemania e Italia de principios de siglo, no habría conocido límites cada uno a su manera. Si Hitler llegó al poder desde la cancillería de Weimar es porque era su intención, que desarrollara ese poder extendiéndolo de forma total a todo el Estado alemán y más allá de sus fronteras fue una consecuencia lógica de sus expectativas. Aunque de forma terrible, Hitler fue consecuente. En Estados Unidos el caso es similar: si “la principal esperanza de los artífices de la constitución fue establecer un gobierno central fuerte—como afirma Wolin—, que no se tambaleara a cada paso por la intrusión de la ciudadanía o el desafío de los diversos Estados soberanos”, el totalitarismo invertido, esto es, el sometimiento total de la ciudadanía al poder de un solo dirigente (en este caso el presidente) habría sido una consecuencia lógica del sistema republicano formulado tras la guerra de la independencia. La principal diferencia, desde mi punto de vista, es que, aunque tanto la Alemania nazi, como los Estados Unidos de Bush hayan conseguido el apoyo popular a través del miedo, la política de Bush está sustentada por la legitimidad del pueblo “soberano” estadounidense.

Que el totalitarismo se haya invertido, no quiere decir que los principios de la democracia se hayan deteriorado, sino que nunca se defendieron con sinceridad, siempre se obstaculizaron, y como consecuencia nació un régimen de dominación total. La democracia es un sistema político fundado en la experiencia de un pueblo. Pensar un sistema democrático en la teoría e intentar que quede sustentado por el pueblo en la práctica, es difícil cuando los motores directrices del país, o el Estado, se fundan en la política exterior. El pueblo no puede tener experiencia de una política exterior, y menos aún cuando el gobierno se esfuerza en que no la tenga. Esto habría generado un espacio político fundamental para la creación de una imagen falsa de la situación exterior, mitificando el poder de los Estados Unidos y dando una imagen mesiánica de su labor de llevar la “democracia” al mundo, que se ha constituido en el mensaje que habría ocupado ese espacio de incompreensión que escapa a la experiencia del pueblo y que Wolin lo ha visto como un producto del “superpoder”: “La aparición de *superpoder* implica el surgimiento de un nuevo sistema. Sus principios rectores no son los principios democráticos de promover el bienestar de sus ciudadanos o hacerlos partícipes de procesos políticos. El gobierno mismo estableció una nueva identidad y una manera de medirla: los Estados Unidos poseen una fuerza y una influencia sin precedentes” (p.101). El *superpoder* estaría sustentado en un “imaginario del poder totalizador”, que al fin y al cabo sería un “imaginario totalitario”. El totalitarismo invertido es consecuencia de un choque entre mecanismos democráticos de poder y la política expansionista, es la consecuencia del “fracaso de una democracia fuerte” cuyas pretensiones no son democráticas, y cuyo protagonista no es el pueblo, sino un presidente con un poder ilimitado —Wolin irónicamente se refiere a George Bush como George II—, apoyado por poderosas corporaciones cuyo poder económico tiene la capacidad de deformar la constitución y privatizar la política. Uno de los males de la democracia estadounidense es que el espacio económico ha eclipsado al político, y los intereses que se proyectan hacia el exterior son intereses políticos impulsados por expectativas económicas: “Para cumplir con el rol previsto por la *NSS*, el poder político de los Estados Unidos tiene que concebirse en términos imperiales más que constitucionales” (p.135). La controversia entre economía y política tiene su traducción a la de democracia e imperio, y la política exterior agresiva, a su vez, condiciona una política interior igual de



LIBROS



SHELDON S. WOLIN
Democracia S.A.: la democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido

agresiva. Que, por ejemplo, en la guerra fría, o después de los atentados del 11 de septiembre, el presidente incidiera en la población con un discurso sobre la amenaza que se cernía sobre el pueblo estadounidense, al igual que en Vietnam, Corea, el Golfo, o Irak en el 2003, dejan entrever pretensiones antidemocráticas.

Las pretensiones antidemocráticas de Bush serían el reflejo de la contrarrevolución, que según Wolin, supuso la constitución. Si el poder del presidente es ilimitado hacia fuera, también lo será hacia dentro. Que el poder sea ilimitado también hacia dentro significa que es una categoría indómita en manos poderosas (sobre todo en el partido republicano) que han malinterpretado las limitaciones que exige el sistema democrático. Wolin no descarta la posibilidad de que se esté creando un nuevo sistema político nunca visto, y en realidad, no debemos sorprendernos, en la medida en que el pueblo estadounidense se caracteriza por la tradición del cambio, y su buena recepción. Desde sus principios, las trece colonias no vieron una frontera clara de su límite, la expansión hacia el Oeste y el sometimiento de las tribus indias podría tener su equiparación en la actualidad con la conquista del espacio, como ejemplifica Wolin, o con la conquista de un espacio virtual, como lo es Internet, encarnado en la figura del poderoso Bill Gates. Las fronteras y los límites tan exigidos para la civilización no se delimitan, y la ignorancia del espacio estimula el impulso imperial. Lo característico del imperio — o del imperio constitucional, como sugiere Wolin— es que ignore el espacio y acelere el tiempo a través de decisiones rápidas y fulminantes, la encarnación de una especie de “utopismo” de manos del superpoder ha dado lugar a la principal inconsecuencia de los actos de la elite corporativa: “normalizar la guerra”. Si de las fronteras de un Estado para dentro viven en un continuo estado de excepción mediante el cual el gobierno puede validar la “razón de Estado”, dicho gobierno dispondrá de todo el simbolismo adecuado, y encubierto por la ciencia, la tecnología y la economía, para desmovilizar a los ciudadanos aterrorizados y vaciar de ideas el espacio público construido, diluyendo las verdaderas pretensiones democráticas en la falsedad de unas elecciones permitidas y manipuladas para elegir al presidente. Como contraste existe una elite, respaldada por universidades, políticas sociales y medios de comunicación entre otros elementos, que cada vez está más unida. Wolin ha denominado a esta manipulación “democracia dirigida” y es una consecuencia del totalitarismo invertido que lo alimenta. No está de más hacer referencia al concepto de “democracia pasajera” como una

especie de ilusión que se inculca a los ciudadanos, cuando el totalitarismo invertido da tregua, en la medida en que es un fenómeno que “afecta al Estado de manera parcial”, y a las dos constituciones: “Las dos constituciones —una para la expansión y otra para la contención —forman dos aspectos del totalitarismo invertido” (p148).

El fenómeno del totalitarismo invertido como parte de un proceso de transformación dentro de una dinámica de poder, sólo podría percibirse cuando el sistema cesara. Que el totalitarismo invertido sea la consecuencia de un “superpoder” que se ha asentado como tal pero del que no se ha tomado conciencia, deja entrever claramente la falta de autoconciencia como nación de los Estados Unidos. Discriminar la realidad del mito es un proceso básico que hará revivir la democracia y, en consecuencia, inculcará una verdadera memoria colectiva. Lo único que se le puede criticar a Wolin es que no haya profundizado más en lo que significa el totalitarismo clásico, es decir, que no haya dicho que la principal característica del totalitarismo clásico estriba en que el carisma del dictador es el verdugo que lleva a cabo acciones tan irracionales como el asesinato del propio pueblo. ¿Es un punto en común entre el totalitarismo clásico y el totalitarismo invertido el asesinato del propio pueblo?; ¿constituye la democracia un factor que impide que el presidente con poder ilimitado asesine a sus ciudadanos (súbditos) en el totalitarismo invertido?; ¿no significa el envío de tropas militares al exterior, encubriendo los verdaderos intereses de esa acción, una nueva especie de sacrificio humano, o de asesinato de ciudadanos que creen que combaten por otro tipo de intereses que son dignos de apoyo en las decisiones de cada soldado-ciudadano? La autoconciencia del individuo es el principal factor, según Wolin, para “revivir” el “poder demótico”. Algo muy acertado, que recuerda a las tesis de *Filosofía pública* de Michel Sandel, es que Wolin sitúa el paradigma de democracia y preocupación por los asuntos públicos en las comunidades intermedias, como son los barrios, vecindarios, pueblos y ciudades. Parece que el modelo de política local constituye una buena herramienta para mirar al futuro, siguiendo el rechazo que Wolin manifiesta hacia la palabra “volver”. Desmitificar el pasado es una labor de la democracia, y sólo puede realizarse en comunidad. El diálogo sería la principal herramienta para pulir lo que hay de mito en la memoria histórica, y continuar hacia un futuro democrático.

José María Jiménez Caballero